

## PEQUEÑOS EMPUJONES, GRANDES CAMBIOS: EFECTOS DEL NUDGING EN EL RENDIMIENTO ACADÉMICO ESCOLAR

**Adriana Julieth Quintero Cepeda<sup>1</sup>**  
quinteroadrianajulieth@gmail.com  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-5322-3079>

**Colegio Santo Ángel  
De La Guarda**  
Colombia

**Efraín Antonio Peláez Leguizamón<sup>2</sup>**  
Correo: pelfran2@gmail.com  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-3514-5836>

**Instituto Técnico  
Jorge Gaitán Durán**  
Colombia

Recibido 15/07/2025

Aprobado: 30/07/2025

### RESUMEN

Las intervenciones conductuales se basan en principios de observación, refuerzo y modificación de conductas observables para favorecer el rendimiento académico. Se identifican conductas deseadas y se establecen contingencias claras que aumentan su probabilidad de ocurrencia. Este enfoque se apoya en datos y métricas para evaluar progreso, ajustar estrategias y orientar la toma de decisiones pedagógicas. La motivación surge cuando las conductas adecuadas son seguidas por resultados percibidos como valiosos y alcanzables. Por tal motivo, el presente ensayo se consolida desde una perspectiva cualitativa, interpretativa y hermenéutica, como objetivo general analizar cómo han incidido el uso de acciones para el manejo de la conducta para la consolidación del rendimiento académico. Como resultado se tiene que, el refuerzo positivo es una pieza central de estas intervenciones. Reconocer y premiar avances, puntualidad, participación o calidad en el trabajo puede consolidar hábitos eficientes. Es crucial que los refuerzos sean significativos para cada estudiante y entregados de forma oportuna, para mantener la conexión entre esfuerzo y logro. Además, deben ser consistentes para

1 Adriana Julieth Quintero Cepeda, Docente de Lengua Castellana y Comunicación de la Media Académica en el Colegio Santo Ángel de la Guarda de Cúcuta, Colombia. Magíster en Recursos Digitales Aplicados a la Educación de la Universidad de Cartagena.

2 Efraín Antonio Peláez Leguizamón, Docente de Matemáticas e Informática de Bachillerato en el Instituto Jorge Eliecer Gaitán Durán de Cúcuta, Colombia. Magíster en Recursos Digitales Aplicados a la Educación de la Universidad de Cartagena.

evitar confusiones y aumentar la confianza en el proceso de aprendizaje. Estas conductas no solo afectan al que las origina, sino que también alteran el ritmo y la calidad de la intervención pedagógica.

**Palabras clave:** desarrollo académico, intervención educativa, manejo de la conducta.

## SMALL NUGGES, BIG CHANGES: THE EFFECTS OF NUDGING ON SCHOOL ACADEMIC PERFORMANCE

### ABSTRACT

Behavioral interventions are based on principles of observation, reinforcement, and modification of observable behaviors to promote academic performance. Desired behaviors are identified, and clear contingencies are established to increase their likelihood of occurrence. This approach relies on data and metrics to evaluate progress, adjust strategies, and guide pedagogical decision-making. Motivation arises when appropriate behaviors are followed by results perceived as valuable and achievable. Therefore, this essay adopts a qualitative, interpretive, and hermeneutic perspective, with the general objective of analyzing how the use of behavior management strategies has influenced the consolidation of academic performance. The results show that positive reinforcement is a central component of these interventions. Recognizing and rewarding progress, punctuality, participation, or quality of work can solidify effective habits. It is crucial that reinforcements be meaningful to each student and delivered in a timely manner to maintain the connection between effort and achievement. Furthermore, they must be consistent to avoid confusion and increase confidence in the learning process. These behaviors not only affect the person who originates them, but also alter the pace and quality of the pedagogical intervention.

**Keywords:** Academic development, educational intervention, behavior management.

## INTRODUCCIÓN

En el marco contemporáneo, la motivación se identifica como motor clave del aprendizaje, capaz de activar procesos cognitivos, afectivos y sociales. Sin ella, la atención, la memoria y la persistencia decaen, dificultando la asimilación de contenidos complejos y la realización de tareas exigentes. El aula se transforma cuando el alumnado encuentra propósito, relevancia y conexión emocional con lo que aprende. Este impulso puede verse afectado por factores intrínsecos y extrínsecos que requieren estrategias intencionadas por parte de docentes y equipos educativos.

Los estilos de aprendizaje diversos exigen enfoques diferenciados para sostener la motivación a lo largo de las trayectorias. Alumnos con preferencias visuales, auditivas o kinestésicas muestran respuestas distintas ante mismas actividades. La personalización no implica individualizar hasta el agotamiento, sino diseñar experiencias heterogéneas que permitan elecciones, ritmos y rutas de acceso a los contenidos. La motivación surge cuando cada estudiante percibe que sus fortalezas son reconocidas y útiles para alcanzar metas claras.

La rápida evolución de la tecnología y la información introduce nuevos vectores motivacionales y desafíos. Las herramientas digitales ofrecen oportunidades para aprendizaje autónomo, colaboración y retroalimentación inmediata, pero también pueden generar distracciones y fatiga cognitiva. La clave está en integrar tecnologías de forma pedagógica: seleccionar recursos significativos, establecer límites y fomentar el

pensamiento crítico frente a la abundancia de datos. La motivación se sostiene mejor cuando la tecnología amplía la agencia del alumno.

Los estilos de aprendizaje diversos exigen enfoques flexibles y personalizados que conecten con las necesidades individuales. La motivación debe contemplar diferencias entre estudiantes, ofreciendo opciones, autonomía y relevancia. Cuando los alumnos perciben significado y utilidad, se incrementa su compromiso y se reduce la procrastinación. Generar experiencias de aprendizaje significativas es clave para sostener ese impulso intrínseco. La rápida evolución de la tecnología y la información presenta por oportunidades y riesgos para la motivación. Herramientas digitales pueden mejorar la participación mediante interacciones dinámicas, simulaciones y retroalimentación inmediata.

Sin embargo, una sobrecarga de estímulos o el acceso desigual pueden generar desmotivación o frustración. Por ello, es esencial diseñar entornos equilibrados y accesibles para todos. En este entorno dinámico, el rol del docente es crucial para activar y mantener la motivación. La capacidad de inspirar, mostrar propósito y facilitar estrategias de afrontamiento ante dificultades académicas es determinante. El docente actúa como mediador entre contenidos, tecnología y contextos de vida de los estudiantes, guiando el proceso hacia metas asumibles y reconfortantes. La motivación también se fortalece mediante la cultura escolar y las comunidades de aprendizaje.

Un clima de apoyo, expectativas claras y reconocimiento del esfuerzo fomentan la autorregulación y la persistencia. La colaboración entre pares y la participación en

proyectos significativos generan compromiso y sentido de pertenencia, componentes centrales de la motivación social. El clima emocional del entorno educativo impacta directamente en la motivación. Entornos con relaciones positivas, normas claras y expectativas realistas generan confianza y seguridad para explorar. La gestión de la conducta debe orientarse a la dignidad, la empatía y la resolución de conflictos, evitando castigos que erosionen la autoeficacia.

Los docentes asumen un papel doble: facilitadores del aprendizaje y promotores de un clima que fortalezca la autoestima y la voluntad de aprender. Las metas y la relevancia percibida influyen decisivamente en la persistencia ante dificultades. Cuando los objetivos son específicos, alcanzables y vinculados a proyectos significativos, los estudiantes experimentan una sensación de progreso y control. La evaluación formativa, con retroalimentación constructiva, alimenta la motivación al mostrar avances y enfoques de mejora. Es crucial que las tareas conecten con intereses reales y con aspiraciones futuras.

En tal sentido, la motivación en la educación actual es un recurso dinámico y multifactorial que requiere diseño consciente de experiencias, tecnologías y relaciones. Abordar la diversidad de estilos, aprovechar las oportunidades digitales y cultivar un clima positivo son pilares para sostener el compromiso y el rendimiento. Al alinear propósito, progreso y apoyo, el proceso de enseñanza y aprendizaje puede alcanzar mayores niveles de éxito académico.

La motivación se presenta como el impulso inicial que moviliza a los estudiantes a acercarse al aprendizaje. Sin ella, muchos pueden permanecer al margen, evitando exponerse a contenidos nuevos, retos o experiencias escolares. Este motor no es único ni estático, sino que se alimenta de significado, autonomía y conexión con objetivos personales. Cuando la curiosidad se alinea con metas claras, la probabilidad de iniciar y comprometerse aumenta de forma significativa. En este sentido, la motivación actúa como puente entre intención y acción educativa.

La perseverancia emerge como la capacidad de continuar ante obstáculos. Si la motivación se debilita, la resistencia a la frustración se rompe y el alumnado puede abandonar tareas antes de superarlas. En contextos de complejidad, la persistencia depende de apoyos, retroalimentación oportuna y una visión de progreso. La educación debe cultivar estrategias que sostengan la voluntad de seguir, incluso cuando el contenido resulta desafiante o intermitente. La relación entre esfuerzo sostenido y recompensa percibida es clave para mantener la continuidad del aprendizaje.

El rendimiento está estrechamente ligado a la constancia motivacional. La motivación facilita la atención, la memoria de trabajo y la aplicación de estrategias de aprendizaje. Sin un impulso suficiente, los procesos cognitivos pueden volverse superficiales o desorganizados, reduciendo la calidad de la comprensión. Por ello, los docentes deben diseñar experiencias que generen significado y que permitan visualizar avances, fortaleciendo la autoeficacia. El rendimiento no solo depende de la habilidad, sino de la voluntad de persistir ante la dificultad.

La experiencia de aprender con dificultades puede erosionar la confianza si la motivación es insuficiente. Cuando surgen errores o tropiezos, la respuesta emocional influye en la decisión de continuar. Un entorno educativo que promueva la seguridad psicológica, la retroalimentación constructiva y el apoyo entre pares reduce la probabilidad de abandono. La tarea del docente es transformar el desafío en una oportunidad de crecimiento, reforzando la convicción de que el esfuerzo conduce a mejoras reales.

La autonomía y la relevancia percibida fortalecen la motivación ante la adversidad. Permitir elecciones dentro de límites, vincular las tareas con intereses y demostrar la utilidad de los contenidos favorece la continuidad del aprendizaje. Las metas deben ser específicas, alcanzables y significativas para cada estudiante, para sostener el compromiso a lo largo del proceso. En este marco, la motivación actúa como un sistema dinámico que regula la participación y las estrategias empleadas.

Por ello, la motivación es el motor que impulsa compromiso, perseverancia y rendimiento. Su ausencia puede impedir tanto el inicio como la continuidad del aprendizaje ante dificultades. Un enfoque pedagógico que combine significado, apoyo emocional, formativo, desde el desarrollo de oportunidades de autonomía puede sostener la motivación y optimizar los resultados educativos. El desafío es mantener vivo el impulso motivacional a lo largo de toda la trayectoria escolar.

## DESARROLLO TEMÁTICO

El docente no debe limitarse a impartir contenidos programáticos, sino actuar como agente formativo de la personalidad del alumnado. Esta visión implica reconocer que el desarrollo integral pasa por la interacción, la regulación emocional y la construcción de hábitos éticos en contextos escolares y extraescolares. En esa función, la autoridad pedagógica se ejerce con criterios de justicia, empatía y escucha activa, para acompañar el crecimiento del estudiante dentro y fuera del aula. Corregir conductas que afecten la convivencia y el desempeño académico se presenta como una tarea educativa, no punitiva. Ello requiere estrategias que prioricen la comprensión de las causas, la mediación de conflictos y la promoción de acuerdos que vigilen el bien común.

Cuando el docente interviene de manera oportuna, se evita que el entorno escolar se torne hostil, favoreciendo un clima de confianza que facilita el aprendizaje y la participación de todos. La idea de que la intervención del docente se extiende a cualquier contexto subraya la responsabilidad de actuar como modelo y guía en la diversidad de escenarios que viven los estudiantes. La consistencia entre lo que se enseña y cómo se interviene ante conductas problemáticas genera seguridad y previsibilidad en el proceso formativo. Este enfoque integral demanda formación continua y coordinación con familias, orientadores y la comunidad educativa.

La atención a la conducta no debe ser una vigilancia constante que inhiba la libertad, sino una guía proactiva que favorezca la autorregulación y la toma de decisiones

responsables. Entre las prácticas útiles están la observación reflexiva, la conversación ética, el establecimiento de normas claras y la implementación de apoyos para aquellos que presentan dificultades. Así, el aprendizaje se transforma en experiencia compartida de crecimiento. Es crucial también reconocer que el ambiente de aprendizaje influye en la adquisición de saberes. Un entorno seguro, respetuoso y estimulante promueve la curiosidad, la participación y el esfuerzo sostenido.

Según Cardoza (2020) cuando el docente mantiene un equilibrio entre exigencia y empatía, se reducen las conductas disruptivas y se fortalecen las competencias sociales, cognitivas y emocionales necesarias para una educación de calidad. Por ello, el rol del docente trasciende la enseñanza de contenidos y se orienta hacia la consolidación de la personalidad del estudiante mediante una gestión consciente de la convivencia. La intervención oportuna, empática y colaborativa, en cualquier contexto, protege el proceso de aprendizaje y favorece una comunidad educativa más justa, inclusiva y receptiva al saber. Este marco sostiene una educación integral y transformadora para todos.

## PROPOSICIÓN

Por tal motivo, ante un niño con conductas agresivas en el aula, la respuesta del docente está influenciada por sus creencias previas. Estas creencias guían la interpretación de la conducta y condicionan el tipo de intervención que se decide

implementar. En este marco, la intervención oportuna puede evitar que la conducta se convierta en un patrón persistente y menos manejable. La temporalidad de la respuesta resulta clave para impedir escaladas que afecten al resto del grupo y al clima educativo. Cuando el docente actúa conforme a sus creencias sin un análisis adecuado, existe el riesgo de intervenciones reactivas o punitivas que no abordan las causas subyacentes.

Estas respuestas pueden agravar la situación, generando resistencia del alumno y deteriorando la relación escuela-alumno. En cambio, enfoques basados en observación, empatía y estrategias de manejo de conducta tienden a promover una intervención más ajustada a las necesidades individuales. La literatura citada por Postigo, González, Martín y otros (2019) enfatiza la posibilidad de que una intervención mal calibrada contribuya, a futuro, a problemas de acoso escolar. Si la conducta agresiva no se aborda de manera temprana y adecuada, puede consolidarse como patrón de interacción que desincentiva la participación, crea climas de miedo y facilita dinámicas de exclusión. Por ello, la precisión en la evaluación y la planificación de respuestas son esenciales. En tal sentido, Mujica (2015) señala que:

Hoy en día, los docentes tienen que crear estrategias pedagógicas con el fin de que todos los alumnos obtengan un aprendizaje significativo y, a su vez obtengan las competencias necesarias que la sociedad necesita para su correcto desarrollo. Se pretende que los estudiantes logren un aprendizaje por medio de sus experiencias desarrollando el contacto social, para que posteriormente interioricen y asimilen lo vivido logrando un conocimiento (p. 903)

En el contexto educativo contemporáneo, los docentes deben diseñar enfoques que conecten la teoría con la práctica y las experiencias reales del alumnado. El

aprendizaje significativo toma como base las vivencias de los estudiantes, sus intereses y su contexto sociocultural. La tarea pedagógica consiste en traducir esas experiencias en oportunidades de aprendizaje que conecten con saberes previos y con metas sociales relevantes. Así, la educación deja de ser únicamente transmisión de contenidos para convertirse en construcción de significado.

La obtención de competencias necesarias para el desarrollo social exige una visión integrada entre saberes básicos, técnicos y cívicos. Los docentes actúan como mediadores que facilitan el desarrollo de capacidades como pensamiento crítico, resolución de problemas y colaboración. Para ello, es crucial diseñar experiencias que permitan aplicar conocimientos en situaciones reales, promoviendo la transferencia a contextos laborales, comunitarios y personales. La articulación entre disciplinas facilita un marco integrador para la formación de ciudadanos competentes.

En tal sentido, Castillo (2024) señala que el aprendizaje por medio de experiencias y contacto social implica fomentar la participación activa y la creación de conocimiento. Las prácticas pedagógicas deben favorecer proyectos, investigaciones y tareas colaborativas que involucren a estudiantes, docentes y comunidades. El aprendizaje social se fortalece cuando las interacciones deliberadas permiten compartir perspectivas, negociar significados y construir consensos. Este enfoque promueve responsabilidades compartidas y un sentido de pertenencia al proceso educativo.

La interiorización y asimilación de lo vivido requieren tiempo, reflexión y retroalimentación formativa. Es fundamental emplear estrategias que permitan al

estudiante convertir la experiencia en conceptos, principios y habilidades aplicables. Las metodologías de evaluación deben acompañar este proceso, priorizando evidencias de aprendizaje y procesos de mejora continua. La retroalimentación debe ser específica, oportuna y orientada a fortalecer la autoeficacia y la autonomía.

La diversidad de contextos y ritmos de aprendizaje exige adaptaciones pedagógicas y enfoques diferenciados. Los docentes deben ofrecer opciones, itinerarios y modalidades que respondan a las necesidades de cada alumno, sin perder la coherencia curricular. La inclusión se convierte en un eje central, asegurando que todos accedan a experiencias significativas. La tecnología y las prácticas innovadoras pueden ampliar oportunidades, siempre que se use con propósito pedagógico.

Ante ello, la educación actual busca que cada estudiante alcance un aprendizaje significativo y desarrolle competencias para el desarrollo social. Mediante experiencias compartidas, reflexión, evaluación formativa y prácticas inclusivas, los docentes pueden facilitar una interiorización sostenible del conocimiento. El reto es mantener la relevancia, la cohesión curricular y la conexión con la vida social, para formar ciudadanos capaces y participativos. Por ello, Rivera (2021) plantea que:

El docente debe ser un facilitador de cambios en el contexto educativo, por ser el papel importante que se relaciona directa e indirectamente con el alumno; es el moderador de la conducta en los ámbitos de discusión en el aula, es el guía, el orientador, es uno de las piezas que complementan el currículo, mismo que ejecuta junto con el currículo oculto (p. 79).

El docente, entendido como facilitador de cambios, ocupa una posición clave en el entorno educativo: actúa como puente entre el alumnado y las oportunidades de

aprendizaje, promoviendo condiciones que permitan activar la reflexión, la curiosidad y la participación. Su influencia se manifiesta tanto de forma directa, al facilitar actividades, clarificar conceptos y orientar procesos, como de forma indirecta, al modelar actitudes, valores y prácticas de colaboración que los estudiantes adoptan con el tiempo. En este sentido, su labor va más allá de la transmisión de contenidos: es un motor de transformación pedagógica.

Como moderador de la conducta en ámbitos de discusión, el docente regula dinámicas de aula para garantizar un clima de respeto, escucha y rigor crítico. Este rol implica gestionar la diversidad de ideas, promover el pensamiento fundamentado y prevenir la descalificación o el desinterés. Un mediador competente facilita que todos los estudiantes participen, fomente la argumentación ética y facilite acuerdos, reconociendo que la convivencia educativa es tan determinante para el aprendizaje como las lecciones curriculares.

Además, el docente actúa como guía y orientador a lo largo del proceso formativo. A través de una orientación contextualizada, ayuda a los alumnos a identificar sus fortalezas, establecer metas realistas y trazar itinerarios de aprendizaje que respondan a sus intereses y necesidades. Esta función requiere un conocimiento atento de cada trayectoria educativa, así como la capacidad de ajustar estrategias y apoyos para sostener la motivación y la autonomía.

En una visión integral, Estrada (2020) señala que el docente es una pieza que complementa el currículo, trabajando de forma coordinada con el currículo explícito para

enriquecer la experiencia de aprendizaje. Conoce el propósito de los contenidos y los vincula a situaciones significativas, proyectos y problemas auténticos que faculten la transferencia de lo aprendido. Su labor se entrelaza con, y a veces revela, el currículo oculto: valores, normas, prácticas institucionales y dinámicas sociales que influyen en cómo se aprende y por qué.

El vínculo entre el currículo y el currículo oculto se fortalece cuando el docente modela conductas profesionales y éticas, crea espacios de confianza y promueve la agencia del alumnado. Al hacerlo, no solo transmite saberes, sino también maneras de pensar, actuar y convivir. Este rol multifacético exige formación continua, sensibilidad social y una visión centrada en el desarrollo integral de las personas. En conjunto, la función del docente como facilitador de cambios, moderador, guía y articulador curricular subraya la complejidad y la responsabilidad de su tarea educativa. Su impacto se extiende más allá de las paredes del aula, influyendo en la construcción de identidades, la convivencia escolar y la capacidad de los estudiantes para participar en la sociedad.

La apreciación docente de la conducta, destaca la importancia de intervenciones oportunas, informadas y éticas para evitar que la agresión evolucione a acoso escolar. El aula debe convertirse en un espacio seguro donde las conductas sean abordadas con estrategias pedagógicas, apoyo emocional y colaboración entre docentes, familias y, cuando sea necesario, especialistas. El docente, como representante de la autoridad educativa, tiene la responsabilidad de acompañar el desarrollo integral del alumnado. Este papel trasciende la simple transmisión de contenidos y abarca la modelación de

conductas, valores y estrategias de convivencia. Su presencia y actuación contribuyen a forjar hábitos de respeto, responsabilidad y cooperación, elementos clave para una personalidad equilibrada dentro y fuera del aula.

La capacidad de intervenir ante conductas es parte de esa responsabilidad formativa. Cuando el docente observa comportamientos que alteran la convivencia, debe actuar de manera oportuna y fundamentada, buscando comprender las causas y no solo imponer sanciones. Esta intervención busca reducir la intensidad de la conducta y evitar que se consolide como patrón de interacción. La idea central es que la conducta del estudiante es transgresora de las normas escolares y, al afectar la dinámica del aprendizaje, interviene en la adquisición de saberes. Las reglas y límites cumplen funciones de seguridad y orden, pero también de marco para la socialización y la construcción de aprendizajes significativos. Sin un entorno regulado, el proceso educativo se ve comprometido.

## ARGUMENTOS

Intervenir de manera adecuada implica combinar estrategias de contención, mediación y apoyo emocional. Es vital establecer un marco claro de normas, explicar las consecuencias, y ofrecer alternativas para canalizar la impulsividad o la frustración que puedan subyacer a una idea dispersa. La intervención debe buscar la reconducción conductual sin estigmatizar al alumno. Además, la intervención no debe limitarse al

momento puntual de la conducta disruptiva. Requiere un enfoque preventivo y de acompañamiento que involucre a la familia, otros docentes y, cuando sea necesario, apoyo psicopedagógico. Este enfoque integral facilita la reconstrucción de la relación alumno-escuela y favorece la reanudación del proceso de aprendizaje.

Por ello, la figura del docente como autoridad educativa no es un simple rol rector sino un agente de desarrollo personal y académico. Estar atento y responder ante conductas agresivas con criterios pedagógicos adecuados permite disminuir esas conductas y proteger el aprendizaje, promoviendo un ambiente propicio para el crecimiento y la adquisición de saberes. La noción de mediación del docente ante la agresividad trasciende la gestión de conductas y se instala en la configuración del currículo. Al concebir al educador como mediador decisivo entre el currículo establecido y los alumnos, se reconoce su papel para traducir principios generales en prácticas pedagógicas significativas. Ante ello, Arias (2019) señala que:

se aborda la conducta desde un enfoque multi e interdisciplinar, destacando la posibilidad de estrategias preventivas y correctivas para atender las necesidades del estudiante. Visto así, se asume la idea de asumir desde la motivación la formación de la conducta como un elemento que promueve el desarrollo académico en las realidades educativas actuales (p. 51).

El enfoque multi e interdisciplinar para la conducta reconoce que los comportamientos no emergen aislados, sino en interacción con factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Equipos docentes, familias y especialistas deben colaborar para identificar patrones, necesidades y recursos disponibles. En este marco, las estrategias preventivas buscan fortalecer factores protectores como la autoestima, la

regulación emocional y las oportunidades de aprendizaje significativo. La prevención se apoya en la detección temprana, la intervención educativa y la promoción de un clima escolar seguro y acogedor. La coordinación entre áreas permite adaptar respuestas a la diversidad de situaciones y contextos.

Las estrategias correctivas deben responder con precisión a conductas que interfieren con el aprendizaje y la convivencia. Se privilegia la intervención educativa en vez de punitiva, con planes individualizados que contemplen metas, apoyos y seguimiento. Desde la psicopedagogía, se analizan las causas y se diseñan apoyos que faciliten la autorregulación, la resolución de conflictos y la responsabilidad personal. El enfoque interdisciplinar facilita la valoración de factores individuales y contextuales, evitando enfoques uno-dimensionales. La meta central es restablecer condiciones propicias para el aprendizaje sin duplicar estigmas.

Visto así, se asume la idea de trabajar la motivación como motor central de la formación de la conducta. Cuando la motivación está alineada con metas significativas, la conducta tiende a ser más proactiva y colaborativa. Las prácticas docentes deben conectar contenidos con intereses del estudiantado, mostrar relevancia social y ofrecer retos adecuados. La motivación no es un atributo estático sino un resultado de interacciones entre apoyo, logro y sentido de propósito. En este sentido, la conducta se entiende como una expresión de compromiso y agencia.

La relación entre motivación y conducta se consolida mediante estrategias preventivas que fortalecen la conexión entre esfuerzo y recompensa percibida. Reforzar

logros, proporcionar una interacción formativa para reconocer progresos facilita la internalización de normas y rutinas positivas. Asimismo, es esencial crear condiciones de seguridad psicológica que permitan experimentar, equivocarse y corregirse sin miedo al castigo. Estas condiciones fomentan la curiosidad, la exploración y la experimentación con límites claros.

La interdisciplina en la atención a la conducta implica integrar saberes de educación, psicología, neurología, sociología y pedagogía. Esta integración posibilita acciones coherentes entre docencia, orientación y apoyo terapéutico cuando así se requiera. Las intervenciones deben ser flexibles, basadas en evidencia y adaptadas a cada trayectoria educativa. En este marco, el objetivo es favorecer un desarrollo académico estable, acompañando al estudiante a atravesar retos sin perder el interés por aprender.

Ahora bien, al abordar la conducta desde un enfoque multi pluridisciplinar con énfasis en la motivación influye directamente en el desarrollo académico. Las estrategias preventivas y correctivas, articuladas con un aprendizaje con propósito, permiten construir entornos educativos más inclusivos y eficaces. El desarrollo de la conducta se convierte en un componente clave para sostener la participación, la autonomía y el rendimiento en las realidades educativas actuales. Trucco y Inostroza (2017) señala que:

se han dado diversas iniciativas prácticas en el ámbito latinoamericano, para fomentar climas de convivencia escolar y reducir las conductas disruptivas en estos espacios. Constituyen una forma de intervención implícita, cuya finalidad es generar prácticas ciudadanas, atendiendo a las

necesidades estudiantiles, promoviendo el trabajo conjunto, interestatal e internacional, para promover referentes en materia de tratamiento de la realidad escolar.

En América Latina se observan diversas prácticas que buscan crear climas escolares más participativos y respetuosos. Estas iniciativas surgen desde políticas educativas, comunidades escolares y actores locales, con énfasis en la participación de estudiantes, docentes y familias. Se priorizan estrategias que fortalecen habilidades socioemocionales, resolución de conflictos y comunicación asertiva. La intervención se concibe como un proceso preventivo, orientado a generar contextos seguros donde aprender sea posible. Estas acciones se articulan con marcos normativos que buscan responsabilidad compartida y convivencia democrática.

Las prácticas descritas funcionan como intervenciones implícitas, en la medida en que no siempre son programas aislados, sino hábitos y rutinas integradas al día a día escolar. Se fomentan normas compartidas de convivencia, códigos de conducta y acuerdos de aula que se socializan entre la comunidad educativa. La finalidad es convertir las conductas disruptivas en oportunidades de aprendizaje y desarrollo ciudadano, en lugar de centrarse exclusivamente en sanciones. Así, se promueven valores como el respeto, la empatía y la cooperación, como cimientos del clima escolar.

Estas iniciativas atienden a las necesidades estudiantiles a través de enfoques participativos y contextualizados. Se reconocen diferencias culturales, lingüísticas y sociales, adaptando las prácticas a realidades locales. Se impulsan espacios de diálogo, mediación entre pares y métodos alternativos de resolución de conflictos que reducen la

escalada de tensiones. Además, se valora la creatividad y la participación juvenil como recursos para construir un entorno más inclusivo y estimulante para aprender.

La promoción del trabajo conjunto, interinstitucional e incluso internacional, es otra característica destacada. Se crean alianzas entre escuelas, municipios y redes regionales para intercambiar experiencias, materiales y formaciones. Los proyectos conjuntos permiten comparar políticas, identificar buenas prácticas y adaptar referentes pedagógicos a contextos variados. Esta colaboración fortalece la coherencia entre nivel de gobierno, centros educativos y comunidades, promoviendo una visión compartida de la convivencia

## PROPUESTA

Referentes en materia de tratamiento de la realidad escolar emergen cuando se comunican resultados, indicadores y evaluación de climas escolares. Los mensajes y prácticas exitosas se difunden mediante redes, guías y encuentros regionales que sirven de guía para otras instituciones. La retroalimentación entre experiencias permite enriquecer métodos y ajustar intervenciones a nuevas dinámicas sociales y tecnológicas. En este marco, la circulación de saberes adquiere rango de política educativa informada por evidencia.

Ante ello, las iniciativas en Latinoamérica para fomentar convivencia escolar y reducir Conductas disruptivas se apoyan en intervenciones implícitas que buscan

ciudadanía, trabajo colaborativo y cooperación entre niveles. Al combinar acción local con alianzas regionales e internacionales, estas prácticas fortalecen climas educativos y generan referentes para la atención de la realidad escolar. El resultado deseado es un aprendizaje con sentido, una participación cívica activa y escuelas más justas y sostenibles para las comunidades. Ante ello, Ryan (2017) señala que:

En el contexto educativo actual, la motivación juega un papel fundamental en el proceso de enseñanza y aprendizaje. La educación se enfrenta a diversos desafíos, desde la conducta del estudiante con diferentes estilos de aprendizaje hasta la rápida evolución de la tecnología y la información. En este entorno dinámico, la capacidad de motivar a los estudiantes se convierte en un factor crucial para lograr el éxito académico (p. 41).

En la educación actual, la motivación actúa como motor central del proceso de enseñanza y aprendizaje. Sin ella, los objetivos educativos pueden perder fuerza frente a la diversidad de estilos y ritmos de aprendizaje. La motivación facilita la atención sostenida, la memoria y la permanencia de la información, permitiendo que los contenidos se asienten con mayor profundidad. Además, influye en la disposición a practicar, revisar y aplicar lo aprendido fuera del aula. Los estilos de aprendizaje diversos exigen enfoques flexibles y personalizados que conecten con las necesidades individuales.

La motivación debe contemplar diferencias entre estudiantes, ofreciendo opciones, autonomía y relevancia. Cuando los alumnos perciben significado y utilidad, se incrementa su compromiso y se reduce la procrastinación. Generar experiencias de aprendizaje significativas es clave para sostener ese impulso intrínseco. La rápida evolución de la tecnología y la información presenta desde oportunidades y riesgos para

la motivación. Herramientas digitales pueden mejorar la participación mediante interacciones dinámicas, simulaciones y retroalimentación inmediata. Sin embargo, una sobrecarga de estímulos o el acceso desigual pueden generar desmotivación o frustración. Por ello, es esencial diseñar entornos equilibrados y accesibles para todos.

En este entorno dinámico, el rol del docente es crucial para activar y mantener la motivación. La capacidad de inspirar, mostrar propósito y facilitar estrategias de afrontamiento ante dificultades académicas es determinante. El docente actúa como mediador entre contenidos, tecnología y contextos de vida de los estudiantes, guiando el proceso hacia metas asumibles y reconfortantes. La motivación también se fortalece mediante la cultura escolar y las comunidades de aprendizaje. Un clima de apoyo, expectativas claras y reconocimiento del esfuerzo fomentan la autorregulación y la persistencia. La colaboración entre pares y la participación en proyectos significativos generan compromiso y sentido de pertenencia, componentes centrales de la motivación social.

Por ello, en un contexto educativo en constante cambio, la motivación es un factor central para el éxito académico. Su capacidad para adaptarse a estilos diversos, aprovechar la tecnología de forma equilibrada y ser cultivada por docentes y comunidades escolares determina en gran medida el logro de aprendizajes sostenidos. La atención a la motivación debe ser una prioridad permanente en las prácticas pedagógicas. Jurado (2015) plantea que:

Las conductas disruptivas dificultan los aprendizajes y distorsionan la relación individual y la dinámica del grupo afectan tanto al individuo que la provoca como a los que reciben las consecuencias. Dichas conductas se entienden como resultado de un proceso que tiene consecuencias en el alumno y en el contexto de aprendizaje (p. 76).

En este marco, la interacción entre individuo y contexto se vuelve bidireccional. El comportamiento disruptivo puede ser consecuencia de factores personales, emocionales o situacionales, como inseguridad, falta de apoyo o dificultades de aprendizaje no atendidas. Al mismo tiempo, las prácticas del entorno escolar pueden haber contribuido a generar o mantener la conducta, si no se ofrecen límites claros, rutinas consistentes o estrategias de manejo adecuadas. Por ello, comprender la conducta requiere mirar tanto al alumno como al entorno. La dinámica del grupo sufre cuando ocurren interrupciones repetidas o persistentes.

Los compañeros pueden experimentar ansiedad, distracción o resentimiento, lo que reduce la cohesión y la confianza necesarias para el aprendizaje colaborativo. El clima afectivo influye en la participación, en la disposición a arriesgar respuestas y en la aceptación de normas compartidas. Este efecto en cadena subraya la necesidad de intervenciones que protejan el proceso educativo de interrupciones crónicas. El impacto en el alumno que provoca la conducta también es relevante. El reconocimiento social, la autoimagen y la motivación pueden verse erosionados por la etiqueta de “disruptivo”, generando un ciclo de auto refuerzo negativo.

Si no se gestionan adecuadamente las conductas, el alumno puede experimentar frustración, aislamiento o rechazo, lo que agrava los factores subyacentes que desencadenan la conducta. La intervención debe buscar una mejora integral y sostenible.

En este sentido, las respuestas deben considerar un enfoque preventivo y reactivo. La prevención incluye rutinas claras, acuerdos explícitos, apoyo socioemocional y aprendizaje de habilidades de autorregulación. Las intervenciones deben ser proporcionadas con empatía, consistencia y transparencia, para no estigmatizar al alumnado. La evaluación de las causas debe incluir múltiples perspectivas: alumno, familia y contextos escolares.

Por ello, las conductas disruptivas no son simples actos aislados, sino expresiones de un proceso interactivo entre individuo y contexto. Su impacto se extiende al aprendizaje, al clima del grupo y a las posibilidades de desarrollo del alumno que las manifiesta. Abordarlas requiere estrategias integrales que fortalezcan el ambiente educativo y el bienestar de todos los involucrados.

## CONSIDERACIONES FINALES

Las intervenciones conductuales se basan en principios de refuerzo y modificación de conductas observables como ruta para mejorar el rendimiento académico. Se busca identificar comportamientos deseados y establecer contingencias que aumenten su probabilidad de ocurrencia. Este marco se apoya en mediciones objetivas, registros

interacción sistemática para orientar las acciones docentes. La motivación surge cuando la conducta adecuada es seguida por consecuencias percibidas como útiles o satisfactorias. Por ello, la claridad de expectativas es fundamental para que el estudiante sepa qué se espera y qué obtendrá.

El refuerzo positivo es una herramienta central. Premiar conductas académicas deseables, como entregar tareas a tiempo o participar con calidad, puede fomentar hábitos sostenibles. Es clave asegurar que los refuerzos sean significativos para cada estudiante, ajustados a sus intereses y necesidades. Además, deben ser consistentes y oportunos, de modo que la relación entre conducta y recompensa sea clara y confiable. Así, se fortalece la conexión entre esfuerzo y logro, incrementando la motivación intrínseca en la medida en que el aprendizaje tiene sentido personal.

Las intervenciones conductuales también contemplan estrategias de refuerzo social y académico. El reconocimiento entre pares, la retroalimentación formativa y el rol del tutorado o mentoría pueden incrementar la motivación al situar al estudiante en una red de apoyo. Estas prácticas aprovechan la influencia del entorno social para sostener conductas productivas. Cuando la valoración social se alinea con metas académicas, los estudiantes sienten que su rendimiento tiene propósito y reconocimiento.

La reducción de conductas disruptivas mediante consecuencias consistentes puede liberar tiempo y recursos para la enseñanza efectiva, impactando directamente la motivación. Sin interrupciones, el aula se vuelve más atractiva para aprender, lo que facilita la participación y la atención sostenida. Es importante que las intervenciones no

se centren solo en castigos, sino en establecer límites claros y estrategias de manejo de aula que favorezcan el compromiso. La consistencia del profesorado es crucial para evitar ambigüedades.

Asimismo, las intervenciones conductuales deben considerar la individualidad de cada alumno. El diseño de planes de intervención personalizados puede adaptar refuerzos, criterios de éxito y apoyos específicos a contextos y ritmos de aprendizaje distintos. Este enfoque promueve la autonomía y la responsabilidad, ya que el estudiante ve ajustada su trayectoria a sus potencialidades. La personalización incrementa la relevancia percibida del aprendizaje y, con ello, la motivación.

No obstante, existen críticas y límites a las intervenciones conductuales. Algunas posturas señalan que el énfasis en conductas abiertas puede minimizar procesos internos como la motivación intrínseca, la curiosidad y el significado personal. Por ello, es necesario combinar enfoques conductuales con estrategias que cultiven la intención y el gusto por aprender. La evaluación debe contemplar resultados académicos y procesos psicológicos, sociales y emocionales.

La implementación responsable exige formación docente, recursos y una planificación ética. Es fundamental evitar usos coercitivos, garantizar la equidad y respetar la dignidad del alumnado. Las intervenciones deben basarse en evidencia, incorporar evaluación continua y permitir ajustes ante resultados no deseados. Una práctica adecuada equilibra estructura, apoyo y libertad para explorar, lo que fortalece la motivación sostenible.

Por ello, el uso de intervenciones conductuales puede incrementar la motivación y el rendimiento cuando se aplican con criterios de relevancia, consistencia y respeto por la autonomía del estudiante. Integradas dentro de un marco pedagógico holístico, estas estrategias aportan claridad, apoyo y reconocimiento. Su efectividad depende de la calidad de la relación educativa, la adecuación a necesidades individuales y la capacidad de conectar las conductas con significados personales de aprendizaje.

El rol del docente es decisivo para establecer climas positivos que reduzcan conductas fuera de línea desde el inicio. Su presencia, consistencia y lenguaje organizan expectativas claras, límites razonables y apoyo emocional. En este marco, la interacción con estudiantes se centra en la construcción de confianza y seguridad psicológica, esenciales para que el aprendizaje florezca. La labor docente implica detectar necesidades, adaptar estrategias y favorecer la participación activa sin estigmatizar. De este modo, el aula se transforma en un espacio de aprendizaje y convivencia sostenibles.

Las prácticas psicopedagógicas descritas previamente cobran relevancia al convertir la observación en acción educativa. Evaluaciones diagnósticas, planes individualizados y apoyos específicos permiten intervenir antes de que las conductas se agraven. Se privilegia la detección temprana, la redirección conductual y la promoción de habilidades cognitivas. Este enfoque facilita que el estudiante tome conciencia de sus propias estrategias de conducta y aprendizaje. La intervención se realiza con énfasis en la dignidad y la autonomía del alumnado.

La educación de calidad emerge cuando la concienciación de sí mismo, de la alteridad y del entorno escolar se sitúa en el centro de las prácticas docentes. La autoconciencia implica reconocer emociones, motivaciones y hábitos de estudio, mientras que la alteridad invita a comprender las perspectivas de otros y a practicar la empatía. El entorno escolar, por su parte, se configura como un ecosistema interdependiente donde normas, recursos y relaciones impactan en el aprendizaje. Este tríptico sostiene una cultura educativa inclusiva.

Relaciones interpersonales sólidas, sanas y respetuosas se fortalecen mediante estrategias docentes que enfatizan la comunicación afectiva, la resolución de conflictos y la mediación. La norma no es castigar, sino acompañar y guiar hacia soluciones compartidas. Los docentes actúan como modelos de conducta, promoviendo habilidades sociales y normativas que facilitan la convivencia y el aprendizaje colaborativo. En este marco, las relaciones se convierten en fundamentos de apoyo para el desarrollo académico y personal.

Finalmente, al integrar estas dimensiones, se configura un marco pedagógico que previene conductas disruptivas y propicia un desarrollo integral. Las prácticas psicopedagógicas aportan herramientas para entender contextos, motivaciones y barreras. La enseñanza de la autonomía, la responsabilidad y el respeto se apoya en evaluaciones formativas, retroalimentación constructiva y oportunidades de participación significativas. El resultado deseado es una escuela que invite a aprender con plenitud, en un entorno seguro y humano.

## REFERENCIAS

- Arias, A. (2019). Contribuciones de la psicología social al estudio de la agresión. Introducción a la psicología social. Madrid, Editorial Sanz y Torres.
- Cardoza, Y. (2020). Agresividad y Convivencia Escolar en el Contexto de la Educación Primaria. *Revista Científica CIENCIAEDUC*, 5(1), en línea. Recuperado el 01 de abril de 2024, de <http://portal.amelica.org/ameli/journal/480/4802162017/html/>
- Castillo, M. (2024). El comportamiento agresivo y sus diferentes enfoques. *Psicogente*, 9(15), 166-170. <https://www.redalyc.org/pdf/4975/497552137012.pdf>
- Estrada, M. (2020). Autoestima y agresividad en estudiantes peruanos de educación secundaria. *AVFT – Archivos Venezolanos de Farmacología y Terapéutica*, 40(1), 81-87.
- González, Martín y otros (2019). Intervención psicológica en agresión: técnicas, programas y prevención. *Acción Psicológica*, 4(2), 83-105.
- Mujica, R. (2015). Calidad de la Educación. [Blog Docentes 2.0]. <https://blog.docentes20.com/2015/10/calidad-de-la-educacion/>
- Rivera, L. (2021). Dimensión política, cultura y ética educativa. [El papel del docente como gestor en el contexto actual].
- Ryan, R. (2017). *Self-determination theory: Basic psychological needs in motivation, development, and wellness*. Guilford publications.
- Trucco, D. y Inostroza, P. (2017). *Las violencias en el espacio escolar*. CEPAL, Santiago.
- Valle, R. (2022). Factores asociados con la agresión entre pares (Bullying): resultados de un estudio poblacional en Perú. *Revista del Cuerpo Médico del Hospital Nacional Almanzor Aguinaga Asenso*, 15(1), 19-26.